

SAN TORIBIO, arzobispo, en Lima en el Perú, el cual propagó en la América meridional la fe católica, y la disciplina eclesiástica; su festividad se celebra el día 27 de abril. (Véase su vida en dicho día.)

SAN VICTORIANO, PROCÓNSUL DE CARTAGO, Y OTROS
COMPAÑEROS MÁRTIRES.

HUNERICO, rey arriano de los Vándalos en Africa, sucedió á su padre Genserico en el año de 477. A los principios se condujo con moderacion hácia los católicos, de tal suerte que estos principiaron á tener sus juntas en todos aquellos sitios, en que se les habian prohibido por su predecesor: pero en el de 480 principió tambien una nueva y cruel persecucion contra el clero, y las vírgenes consagradas á Dios, que en el año de 484 se hizo general, y fué ocasion de que perdiessen la vida innumerables católicos. Victoriano, ciudadano de Adrumeto, uno de los señores principales del reino, habia sido hecho por aquel rey gobernador de Cartago con el título romano de procónsul. Era el vasallo mas rico del reino, en quien el rey tenia puesta su confianza, y quien se habia versado siempre con la mayor fidelidad. El rey despues de haber publicado sus crueles edictos, envió un mensaje al procónsul en los términos mas obligatorios, prometiéndole que si queria conformarse con su religion y ejecutar sus órdenes, le daria las mayores opulencias, y le revestiria de los honores mas altos que un príncipe podia franquear á un buen vasallo. El procónsul, que en medio de la brillante pompa del mundo conocia muy bien su caducidad, le dió en esta ocasion esta respuesta generosa: *Dile al rey, que yo confío en Jesucristo: que si su majestad gusta puede condenarme á las llamas, ó á las fieras, ó á cualquiera otro tormento: pero que jamás seré capaz de renunciar de la Iglesia católica en que he sido bautizado. Que aun cuando no hubiera otra vida mas que esta, no seria jamás ingrato y pérfido á Dios, que me ha concedido la dicha de conocerle, y que me ha regalado con los dones mas preciosos de su gracia.* Furioso quedó el tirano al oír esta respuesta; y no caben en nuestra idea los tormentos que mandó sufriese nuestro Santo. Victoriano los padeció con alegría, y acabó en ellos su glorioso martirio. El Martirologio romano junta con él en este día otros cuatro que fueron coronados en la misma persecucion. Dos hermanos en la ciudad de Aquaregia en la provincia de Byzacena, fueron apresados por la fe, y conducidos á Tabaia en la misma provincia. Habianse estos prometido morir juntos, si les era posible, y así

pidieron á Dios por gran favor, que se dignase concederles el padecer en unos mismos tormentos. Los perseguidores les colgaron en el aire con un peso muy grande á sus pies: y uno de ellos en el esceso de su pena suplicó que le diesen un poco de descanso; pero temiendo su hermano que este deseo fuese gradualmente causa de que negase su fe, le dijo á voces desde el palo en que estaba tambien colgado: *Dios prohíbe, amado hermano, que supliqueis os concedan cosa semejante. ¿Es esto lo que prometisteis á Jesucristo? ¿No os acusaria yo ante su terrible tribunal? ¿Habeis olvidado cuantas veces hemos jurado sobre su cuerpo, y su sangre, sufrir la muerte juntos por su santo nombre?* Tan animado quedó el otro con estas palabras, que exclamó: *No, no pido que me desaten: al contrario, añadid, si queréis, nuevo peso, aumentad mis tormentos, ejercitad todas vuestras crueldades hasta que las gasteis enteramente en mi cuerpo.* Oído esto fueron quemados con planchas de hierro ardiendo, y atormentados tanto tiempo, y con tan nuevos géneros de torturas, que al fin los mismos verdugos les dejaron diciendo: *Si todos siguen su ejemplo, no hay quien abrace nuestra religion.* Decian esto principalmente porque sin embargo de que habian sido tanto tiempo y de tantas maneras atormentados, no se encontraban señales, ni cicatrices en ellos. Dos mercaderes de Cartago, llamados ambos Frumencios, padecieron al mismo tiempo el martirio, y se juntan en los martirologios con S. Victoriano.

EL BEATO JOSÉ ORIOL, PRESBITERO, DOCTOR Y CONFESOR.

EL beato José Oriol, gloria del clero español y ornamento de la Iglesia, nació de padres pobres en Barcelona, á 23 de noviembre de 1650, en la parroquia de S. Pedro de las Puellas. Apenas contaba dos años de edad cuando murió su padre, y la madre pasó á segundas nupcias con un zapatero, varon no menos honrado que piadoso, quien se encargó de José con el cuidado mismo que si fuera su hijo propio.

A la edad de siete años fué admitido por monacillo en la iglesia de Sta. María del Mar, empezando aquí á dar muestras de la santidad á que Dios le destinaba. No solo vivia separado de los juegos y diversiones pueriles, si que tambien con una modestia y seriedad superior á sus años servia á sus compañeros de estímulo. El tiempo que le quedaba libre lo empleaba en la oracion, pasando horas enteras postrado delante del Santísimo Sacramento.

Estaba estudiando la gramática cuando perdió el segundo pa-

dre, y con él el único apoyo con que pudiera contar para seguir los estudios; pero aquel Señor cuyos designios eran de formar en José un sacerdote según su corazón, le deparó recursos en el amor que le tenían los presbiteros beneficiados de dicha iglesia de Sta. María del Mar.

Mas adelantado en edad tuvo que dejar el servicio de la iglesia, y pasó á vivir en casa de su ama de leche, Catalina Bruquera, que le amaba estremadamente. Una casualidad empezó á manifestar en la angosta esfera de esta casa la virtud de José: Estábase un día en la cocina, ayudando á su ama en algunas ocupaciones domésticas, cuando llegó el marido de Catalina: al verlos solos, contra su costumbre, oncibió injustas sospechas, aunque no las manifestó. Conociólas el jóven sin embargo, inspirado sin duda de luz superior, y puso desde luego las manos en el fuego, que sacó ilesas despues de un largo rato. Viendo el marido dos prodigios tan notables, el de su interior descubierto, y el de las manos de José sin lesion del fuego, no solo se corrió de lo mal pensado, sino que reformó su vida de tal modo que no atendió ya sino en obrar cristianamente.

Su adelantamiento en los estudios fué á la par de su aplicación y de su talento; aventajándose de manera que mereció la borla de doctor en sagrada teología con general aplauso de sus condiscipulos y catedráticos, viendo condecorado al estudiante mas estimado que entonces frecuentaban las aulas.

Antes de graduarse habia recibido ya los órdenes menores, y en el mismo día en que cumplió los veinte y seis años de su edad se ordenó de sacerdote, diciendo su primera misa en el año 1676, con semblante de ángel mas que hombre, en la precitada iglesia de Sta. Maria del Mar, la de sus primeros instructores y bienhechores, y la del primer noviciado de su santidad.

Con el deseo de ayudar y socorrer á su pobre madre aceptó la proposición de entrar en calidad de ayo y preceptor de los niños en la distinguida casa de Gasneri, en cuyo desempeño se granjeó no solo la estimación de los padres, sino aun la de los alumnos, siendo venerado en aquella casa como un hombre del cielo; y creció mas la veneración desde el día en que Dios le llamó milagrosamente á una vida mas austera y penitente. Era la mesa de los señores de Gasneri como de caballeros, esto es, copiosa y espléndida: quiso tomar José de un plato mas delicado que otros, y habiéndolo tanteado por tres veces consecutivas, otras tantas sintió una mano invisible que le retiraba el brazo á viva fuerza. Conociendo entonces lo que Dios queria de

él, se retiró á su aposento, de donde no salió en adelante para la mesa de sus amos, y dió principio desde aquel instante á un rigoroso ayuno, que no dejó hasta la muerte.

Perseveró el siervo de Dios en la casa de Gasneri hasta la muerte de su madre, acaecida en 1686; y apenas se vió libre de las obligaciones de hijo, las únicas que le habian dado motivo para entrar en dicha casa, pidió y obtuvo permiso de sus amos para cumplir los deseos que tenia de visitar la capital del mundo cristiano, partiendo á pié en traje de pobre peregrino y sin aparejo ninguno. Al salir las puertas de Barcelona entregó á un pobre todo el dinero que consigo llevaba y siguió hasta Roma pidiendo limosna. Qué es lo que hizo en Roma, nada se ha podido averiguar; solo se sabe que informado el papa Inocencio XI de la vida ejemplar de José Oriol le confirió un beneficio de residencia en la iglesia del Pino de Barcelona.

Recibida la gracia pontificia regresó á su patria; y no queriendo por su conocido espíritu de pobreza tomar casa propia, como pudiera hacerlo con su renta eclesiástica, aceptó un cuarto debajo tejado que le ofreció de balde el cirujano Padrós para poder así atender á sus devociones y penitencias, sin que nadie le viera ni observára; aunque no le aprovechó esta cautela, porque quiso Dios por su gloria y por la de su siervo que muchas de sus acciones privadas se hiciesen públicas y patentes.

El verdadero camino de la oración es difícil de conocerse: no obstante José Oriol llegó á ser maestro consumado en él, aprendiéndolo de los Loyolas, Neris y Teresas de Jesus; y conforme á lo que estos santos enseñaron, sabia hallar objetos de meditacion en las criaturas todas del mundo. Pero paraba especialmente sus consideraciones en el divino Redentor, guía segura de toda virtud y ejemplar perfectísimo de la mas sublime santidad.

El amor de Dios y del prójimo fueron las guías perennes de toda su vida interior y exterior, de manera que nunca en toda su vida dió á nadie motivo de ofensa, de queja ó de sentimiento. Pero si en asuntos personales nadie le ganó en humillarse, en someterse y en despreciarse á sí mismo; tratándose de negocios de Dios no hubo quien le igualase en valor, en constancia, en intrepidez. Los desprecios, las chacotas, y los ultrajes de hombres atrevidos no podian alterar su mansedumbre y tranquilidad, persuadido de que le trataban como merecia; mas tampoco se envanecía con las alabanzas que algunas veces se le prodigaban: podian decirle que era un santo, un apóstol, un profeta; recogíase dentro de sí mismo, reconociendo su vileza, su ineficacia, su indignidad.

A esta profunda humildad reunia José Oriol una ciega obediencia á sus superiores; cuyos preceptos eran para él lo mismo que si lo mandara Dios. Prevenido en cierta ocasion el obispo, siniestramente informado, de que por la sobrada aspereza del siervo de Dios, iban enfermizos y desmembrados algunos de sus penitentes, le hizo repetir por su vicario una severa reprehension y le quitó las licencias de confesar. Muy dura orden fué esta, y fácil hubiese sido á José sincerarse ante su prelado; pero prefirió sufrir tan injusta humillacion con paciencia, esperando con santa resignacion á que el sucesor del obispo, el Ilmo. Sala, le hiciese justicia, devolviéndole las licencias y tomándole por su confesor.

La austeridad de su vida se revelaba en su rostro macilento, en su existencia delicada: él mismo por sí barria su habitacion y lavaba su ropa: y su traje aunque aseado, en verano y en invierno era siempre el mismo. Dormia las mas de las veces sentado en una silla y no mas de dos horas, que es cuanto le permitia una candelita encendida que tenia en la mano, para que con su calor le despertase: el resto de la noche lo destinaba á la oracion y á macerar su cuerpo con penitencias. Durante el dia sus desahogos y paseos eran enseñar el catecismo á los pobres, á los encarcelados, á los enfermos, y á cuantos por su estado y por sus particulares circunstancias eran dignos de su sollicitud, acabando siempre sus instrucciones con alguna limosna á fin de que le escucháran con gusto. Las fábricas, los presidios, los hospitales, y todos los asilos de la humanidad doliente le veian con frecuencia difundir en su seno las luces y los consuelos de la religion. El confesionario y el púlpito fueron el principal teatro de sus triunfos; y á los que no querian ó no podian asistir, les salia al encuentro procurando ganar su corazon y su alma para Jesucristo. En suma, nada se escapaba á su zelo, nada á su caridad: cuantos necesitaban el auxilio de manos caritativas lo hallaban en el venerable Oriol, el cual siempre estaba dispuesto á alargar las suyas mucho mas allá de lo que podia.

Un santo varon que con tanto empeño trabajaba en su propia santificacion y en la de los otros, debia de tener necesariamente en su alma quien le diese vigor para mostrarse tan superior á su propia naturaleza: este oculto animador de su espíritu era su ardiente caridad; y tan vivos eran sus deseos y tan vehementes sus impulsos, que puesto una tarde como fuera de sí, se salió de Barcelona, camino de Francia, sin haber hecho preparativo alguno para su viaje ni traer consigo dineros por haber dado en la puerta de la ciudad á los pobres los pocos con que

habia salido. Quiso Dios que estuviesen paseando fuera de la ciudad dos beneficiados compañeros suyos, y como le viesen estos á manera de hombre enajenado, le llamaron y pararon; y habiendo oido que se iba á Jerusalem y de allí adonde Dios le llevase para convertir infieles y morir por la fe, procuraron y consiguieron disuadirle, diciéndole que debia volverse con ellos á Barcelona y allí deliberar con madurez un negocio de tanta importancia.

Si Oriol retrocedió de su corrida no así de su santa vocacion; pues intrépido y valeroso volvió á emprender su viaje el dia 2 de abril de 1698, en traje de pobre peregrino, sin mas dinero ni equipaje que unos tres reales de vellon que distribuyó de limosna, segun su costumbre, al salir de Barcelona. Le acompañó en la primera jornada un mozo á quien quiso Dios por testigo de la primera accion milagrosa con que se dignó indicar ante los hombres la santidad de su siervo. En el meson de *Font-freda*, distante dos horas de la ciudad, comió el mozo á su satisfaccion, confiando en el dinero de Oriol; mas como éste tampoco lo tuviese, cortó inmediatamente un rábano á tajadas, y estas al punto se convirtieron en otros tantos reales cuantos fueron menester para pagar al mesonero.

Prosiguió el siervo de Dios su viaje siempre á pié y pidiendo limosna hasta Marsella, donde se detuvo para descansar un poco sirviendo entre tanto á los enfermos de un hospital. Allí contrajo una enfermedad tan grave, que le puso en el último extremo de la vida. Entonces se le apareció la Reina de los cielos, de la cual habia sido siempre devotísimo, y le mandó desde luego volver á Barcelona, restituyéndole repentinamente la salud y las fuerzas. Embarcóse para Cataluña, y apenas estuvieron en alta mar, cuando se levantó una tempestad tan furiosa que en breve se vieron en el último apuro. El patron angustiado corre en busca del siervo de Dios, y encontrándole en la cámara que estaba rezando, le coge del brazo y le obliga á subir sobre la cubierta de la nave. Nuestro beato, al ver el mar tan embravecido, dióle la bendicion, y cedieron los vientos y las olas á la fuerza de su imperio con pasmo de todos los circunstantes. Pero no paró en esto el prodigio, pues quedándose allí mismo puesto en oracion el siervo de Dios, se le vió elevar arrebatado á mucha altura, sin perder la perpendicular sobre el mismo barco; y cuando volvió de su éstasis volvió á hajar al mismo lugar de donde se habia levantado. A vista de estas maravillas, condonóle el patron del barco el pago del flete ajustado, pago que posteriormente se le exigió y satisfizo, obrando un segundo milagro. Hallábase

en casa de una hija suya de confesion, cuando se le presentó el ingrato patron pidiendo el dinero que le habia condonado: mandó el beato sin replicar que se abriese un escritorio, en el que nunca se habia puesto dinero alguno, y apareció dentro de él un doblon en oro, que era justamente el precio estipulado.

Sabido por la ciudad el arribo del siervo de Dios, fué universal el júbilo en toda clase de personas; y desde el dia siguiente dió principio á su ministerio mostrándose al mundo con todo el resplandor de que rodea el Señor las virtudes de sus siervos. En efecto, la vida de José Oriol ya no debia ser mas que una continuada serie de prodigios obrados en virtud de la omnipotencia divina que se le comunicó como en premio de sus merecimientos. La capilla del Santísimo Sacramento de Sta. Maria del Pino fué testigo constante de innumerables milagros, por los cuales los enfermos sanaban de todas sus dolencias, con solo imponerles el siervo de Dios las manos despues de santiguarles con agua bendita. Y tantas fueron las curaciones milagrosas, todas plenamente justificadas en los procesos formados para su beatificacion, que de ellas solas pudieran formarse gruesos volúmenes. La única recompensa que á todos pedia era que observasen la ley de Dios, y que fuesen devotos de María.

Despues de cinco años empleados en el cotidiano trabajo de curar milagrosamente todo género de enfermedades y de una existencia consumida por el fuego de la caridad, debia llegar, como llegó, el premio que da el Señor á sus escogidos. Destituido José de fuerzas por sus tan estraordinarias fatigas, y por su austerisima vida; como que en toda su vida casi no probó otro alimento que pan y agua, era ya un milagro manifiesto que su cuerpo fatigado, débil y estropeado, que parecia un cadáver ambulante, pudiese manejarse.

Acometido por fin nuestro beato de una enfermedad mortal, predijo el dia y la hora de su muerte, y empleó los dias de su detencion en la cama consolando y enervorizando en el amor de Dios á los que le asistian. Pero corriendo al instante de boca en boca el mal estado de su salud, acudieron de todas partes al rededor de su casa los pobres y los enfermos que él habia sanado, y que lloraban la pérdida de su bienhechor, del taumaturgo barcelonés.

Los últimos instantes de su existencia fueron como lo habian sido los de toda su vida, los de un Santo. Confortado con los auxilios de la religion y alimentado con el pan de los Angeles, pidió que le cantasen en voz baja el *Stabat Mater* cuatro infantillos acompañados con el arpa; y el siervo de Dios estático como

si ya se hallase en el Paraiso, dió suavemente su alma al Señor en la noche del 23 de marzo del año de 1702, teniendo cincuenta y uno de edad.

Al oír el clamoreo de las campanas, anunciando la muerte del siervo de Dios conmovióse toda la ciudad mas que si hubiera muerto un soberano; y tal fué el concurso de gentes que se agolpó al rededor de su féretro, que fué preciso poner guardias para evitar desgracias. Sus honores fúnebres fueron proporcionados á la fama de su santidad, siendo llevado procesionalmente y descubierto por espresa disposicion del obispo, con mas apariencias de triunfo que de entierro; y los oficios fueron tan suntuosos que no habia habido ejemplar de tanta magnificencia en la capital de Cataluña. Para darle sepultura fué preciso eludir la esperanza del pueblo de que no se le enterraria hasta el siguiente dia; y su sepulcro fué siempre glorioso, porque el Señor continuó en justificar por medio de repetidos milagros cuan agradables eran á sus ojos los méritos de su difunto siervo. No era aun colocado en los altares y sin embargo todos le invocaban, así en las necesidades públicas como en las privadas, acreditando con su patrocinio la promesa que hizo de manifestar á los enfermos despues de su muerte el mismo amor con que los habia mirado en vida. La santidad de Pio VII despues de examinada detenidamente la vida, virtudes y milagros del que tan generalmente era ensalzado, espidió el decreto de su beatificacion el dia 15 de mayo de 1806, y el Breve con la concesion de rezo y misa á la ciudad y diócesis de Barcelona á 5 de setiembre del mismo año. El cuerpo ó sean sus huesos están en la iglesia parroquial de nuestra Señora de los Reyes llamada vulgarmente del Pino, de la misma capital, en un suntuoso altar dedicado al glorioso beato.

SAN LIBERATO, MÉDICO, Y SUS COMPAÑEROS MÁRTIRES.

A Gensérico, rey de los Vándalos en Africa, uno de los mas crueles perseguidores de la religion cristiana, sucedió en la corona su hijo Gundérico, que dejó muy atrás la crueldad de su padre en la guerra que declaró á los cristianos. Llegó á ser furor su caprichosa obstinación en el arrianismo. Dió principio á la persecucion mandando desterrar á cuatro mil novecientos y sesenta y seis gloriosos confesores, consagrados todos al ministerio de los altares; hizo demoler ó profanar un prodigioso número de iglesias; quitó la vida con los mas horribles tormentos á mas de cuatrocientos



S. LIBERATO
Y SUS COMPAÑEROS MRS.

tos mil mártires, entre los cuales fué uno de los mas ilustres nuestro S. Liberato.

Era natural de Cartago, médico hábil y de virtud tan ejemplar, que era tenido por padre de los pobres, y estimado entre los católicos por zelosísimo defensor de la pureza de la religion. Publicóse un decreto del impío rey en que mandaba que se sacase á los hijos de las casas de sus padres para ser educados en el arrianismo, y tuvo Liberato el dolor de ver arrancar de sí á dos hijos suyos, que amaba tiernamente, aunque al mismo tiempo logró el consuelo de verse él mismo desterrado por la religion católica con lo restante de su familia.

Sentia vivamente hallarse privado de sus dos hijos, no tanto por el grande amor que los profesaba, quanto por el piadoso temor de que siendo tan tiernos se dejasen engañar de los halagos, ó cediesen al miedo de los tormentos del tirano. La consideracion de este peligro le penetró el corazon de manera que ya se asomaban las lágrimas, cuando su mujer, tan generosa cristiana como el marido, pero quizá mas varonil, advirtiendo la impresion que hacia en sus paternas entrañas esta durisima separacion de los hijos, le habló de esta manera: ¿Pues qué, Liberato, quieres perder tu alma por el amor desordenado de tus hijos? No pienses en ellos mas que si jamás hubieran nacido en el mundo. Jesucristo, por cuyo amor nos los arrancan de nuestros brazos, tendrá cuidado de ellos, y no permitirá que se rindan á la malignidad del tirano. ¿No los oyes como ya gritan con todas sus fuerzas: *Nosotros somos cristianos?* Consolémonos, pues yo siento no sé qué firme confianza en el Señor de que ha de aceptar el sacrificio que le hacemos de estas inocentes víctimas.

Alentado Liberato con el espíritu que le infundió su mujer, quedó con el ánimo enteramente tranquilo, sin pensar mas que en disponerse á consumir su propio sacrificio, al que estaba destinado por la barbaridad de los herejes. Estos que habian sido testigos de la magnanimidad de su heróica mujer, pusieron á los dos en cárceles separadas, y no perdonaron á tormentos ni sacrificios para derribar la constancia de uno y otro.

Desesperados de pervertir á aquellos generosos confesores de Jesucristo, acudieron como en triunfo á la cárcel de la mujer, y la dijeron que ya su marido se habia rendido en fin á las órdenes del rey, y abjurando la fe católica, se habia declarado por arriano. Atónita la santa mujer al oír una noticia tan no esperada, la que revistió la artificiosa malignidad de los herejes con cuantas circunstancias podian hacerla menos inverosímil:

Permitidme, dijo, *que le vea, y entonces verá yo tambien lo que he de hacer.* Sacáronla de la cárcel, y condujéronla al tribunal donde habia de ser examinada. Apenas entró en la sala cuando vió en ella á su marido cargado de cadenas; corrió á él intrépida sin poderse contener, y preocupada de lo que habia oido: *¿Es posible*, le dijo, *miserable y desdichado apóstata, que tu impiedad ha sido tanta, y tanta tu cobardía, que al fin has renegado de tu Dios? ¿Qué! ¿por una momentánea satisfaccion temporal has querido perecer eternamente? ¿de qué te servirán, infeliz, tus riquezas? Los bienes que poseerás por pocos dias, esas honras sin sustancia con que te lisonjean, ¿te librarán por ventura de las llamas eternas? ¿Y qué equivalente encontrarás á la pérdida de tu alma?* Iba á proseguir en su bien sentida reprehension, inundada toda en un mar amargo de fervorosas lágrimas, cuando Liberato, que desde luego penetró el artificio de los herejes, mirándola con serenidad, la respondió apaciblemente: *Bien conozco por lo que acabo de oír, que los enemigos de Jesucristo han sido tan malignos, que te han persuadido á que yo he abandonado la fe, y tú tan fácil, ó tan simple que los has creído. Sosiégate, y haz reflexion á que estas cadenas que mas me honran, que me abrumen, son los mas abonados fiadores de lo que creo. Soy católico por la gracia de Dios, y con ella ninguna cosa será capaz de hacerme mudar de religion. Siendo tan naturales á todo hereje la impostura y la calumnia, no podian dejar de ser muy ordinarias á los arrianos; pero todo lo hemos sacrificado por amor de Jesucristo, espero que este divino Salvador nos dispensará la gracia de que terminemos presto nuestra carrera por el martirio.*

Habiendo triunfado así la fe católica á vista del tirano en la gloriosa confesion de Liberato y de su santa mujer, fueron los dos sentenciados á perder la vida entre los mas crueles suplicios en compañía de otros generosos confesores de Cristo, que se la hacían tambien en la misma prision. Ejecutóse la sentencia; y los que no espiraron en públicos cadalsos, murieron en el desierto, á manos tanto mas crueles, quanto mas lentas, del hambre y de la miseria.

S. Victor, obispo de Vite, historiador y testigo de aquella sangrienta persecucion, refiere el martirio de un niño de siete años, que arrancado de los brazos de la madre, á pesar de las violencias que le hacían aquellos bárbaros, gritaba sin cesar: *Yo soy cristiano, yo soy cristiano.*

El mismo Santo añade, que un miserable arriano, llamado Toucar ó Teucario, lector que habia sido de la Iglesia, y maes-

tro de capilla, pero entonces apóstata de la fe, viendo entre los muchos eclesiásticos que salian desterrados á doce niños de coro que habian sido sus discipulos, quiso detenerlos, lisonjeándose de que los haria apostatar ya con amenazas, ya con caricias; que en aquella edad suelen ser mas peligrosas; pero ni uno ni otro fué bastante á hacerlos titubear en la fe. Mostráronse intrépidos á vista de los mas horribles tormentos; y ni los halagos, ni las engañosas promesas de los herejes pudieron jamás contrastar la valerosa constancia de aquellos tiernos, pero generosos confesores de Cristo. Por mas que los molieron á palos, cubriéndolos de lastimosas heridas; por mas que de cuando en cuando se las renovaban con nuevos y exquisitos tormentos, se conservaron inmovibles en la fe; y siendo probable que espiraron al rigor de los suplicios, *la iglesia de Cartago*, continua el mismo autor, *los honra con tierna devocion y los respeta como doce apóstoles pequeños. Su feliz suerte es igual en el cielo; viven juntos en aquella dichosa vida que jamás ha de tener fin; y juntos cantan tambien las alabanzas del Señor, glorificándose en entonarlas por toda la eternidad.*

La Misa es del comun de los Mártires, y la oracion es la siguiente:

Concedenos, ó Dios omnipotente, que esperitemos pios en nuestro patrocinio á aquellos gloriosos mártires que veneramos valientes en tu firme confesion. Por nuestro Señor Jesucristo, etc.

La Epistola es del cap. 2 del libro de la Sabiduría.

Dijeron los impios: Oprimamos al justo que es pobre, y no perdonemos á la viuda. Pon-gamos, pues, asechanzas al justo, porque para nosotros es inútil, y es contrario á nues-
tras obras, y nos echa en cara los pecados contra la ley, y propala contra nosotros los defectos de nuestra doctrina. Se ha hecho para nosotros censor de nuestros pensamientos.

REFLEXIONES.

Oprimamos al justo, porque es un censor incómodo, importuno, hasta de nuestros mismos pensamientos, con la pureza de sus costumbres y con la arreglada conducta de su concertada vida: *Opprimamus justum... quoniam inutilis est no-*

bis, et contrarius est operibus nostris, et impropere nobis peccata legis. Estos son todos los motivos de queja que dan los buenos á los impios; esto lo que pone de tan mal humor á los disolutos contra los devotos. La virtud se hace intolerable al que no la tiene.

Que una virtud fingida, superficial, afectada y aparente irrite los ánimos, y mueva la indignacion de todo el mundo, cosa justísima; no la hay mas puesta en razon. Los hipócritas son la abominacion de Dios, y deben ser la execracion de todo hombre de bien. Pero que se haga la guerra á la verdadera piedad; que la virtud cristiana padezca una especie de persecucion en medio del cristianismo; es de aquellas cosas que solo la esperiencia pudiera hacerlas creibles, y que igualmente se oponen á la religion que á la razon.

Una dama jóven; por ejemplo, palpando la vanidad de los frívolos pasatiempos del mundo, alumbrada de luces superiores, y movida eficazmente de la divina gracia, se declara por el partido de la virtud. ¡Buen Dios, qué molestas quemazones tiene que sufrir, qué duras mortificaciones que padecer, qué insulsas, qué mordaces censuras que tolerar! Mucho cuesta la victoria de las pasiones; pero no siempre es esto lo que cuesta mas. Una virtud tierna y recien nacida nunca está mas á prueba que cuando se ve espuesta á las malignas, á las satíricas zumbas de los disolutos; y lo que se hace aun mas sensible, á los indiscretos reparos de los que pasan plaza de devotos.

Pero suceda por desdicha lo contrario. Otra dama moza de la misma edad y circunstancias, engañada miserablemente de las brillantes apariencias que embelesan, de aquellas lisonjeras esperanzas con que el mundo alimenta vanamente á los que le sirven, entre por el camino ancho de la perdicion, y se entregue aturdidamente á las perniciosas máximas del mundo, nadie habla palabra; á poco ó nada que sobresalga en aquellas prendas sin sustancia, tan del gusto de los mundanos como peligrosas para la salvacion, se la aplaude y se la alaba. Sus padres son los mas ardientes en fomentar su pasion, mas que cueste lo que no hay el mantener su profanidad y aumentar su brillantéz; la familia es la primera que celebra su resolucion. ¿Sobresale en el baile, en la contradanza? Todos á competencia la llenan de lisonjas; mientras una virtud ejemplar enfada, da en rostro, y no pocas veces es asunto de risa. ¿Brilla uno en el mundo? esto es, ¿se pierde con bizarría, y mete mucho ruido? Eso es tener entendimiento, discrecion, espíritu, habilidad y mérito. Pero suceden á esos modales orgullosos y desenfadados otros modales cir-

cunspectos, encogidos y modestos; es falta de espíritu; es obra de hipocondría; es bajeza de ánimo; es pusilanimidad; es corteza de entendimiento. Si los gentiles discurrieran y obráran así, causarían lástima á cualquiera hombre de razon; pero que los cristianos, iluminados con las luces de la fe, instruidos en la escuela de Jesucristo, razonen y procedan de esta manera, es un misterio de iniquidad, en que se pierde el entendimiento; pero que ya se comprenderá demasíadamente bien á la hora de la muerte.

El Evangelio es del cap. 21 de S. Lucas.

En aquel tiempo dijo Jesus á sus discipulos: Sereis entregados por los padres, por los hermanos, por los parientes y por los amigos, y á algunos de vosotros darán muerte: Y se-

MEDITACION.

De las contradicciones que deben esperar los justos.

PUNTO PRIMERO. — Considera que aunque sean muy amargas las mortificaciones que se padecen desde que se toma la seria resolución de dedicarse á la virtud sólidamente, ninguna cosa es mas útil á los virtuosos que esta multitud de contradicciones; ninguna les es mas saludable. Ellas sirven de antídoto contra el veneno del amor propio, y nada conduce mas para quitar las fuerzas, y para corregir la lozania de las pasiones.

El remedio, á la verdad, es amargo; pero es eficaz. Cosa dura es ser el objeto de la malignidad, de la zumba y de la risa del corazón humano. Si entre todos los partidos que se pueden abrazar fuera el peor el de la virtud, ¿pudieran encontrar en él mas contradicciones ni tropiezos? A escepcion de algunos pocos hombres de juicio que alaban tu resolución, y aplauden secretamente tu buen gusto, ¡cuantos inicuos censores, cuantos criticos malignos interpretan siniestramente tus mejores acciones, atribuyendo á ligereza, á despiques, á desaire de la fortuna, á vanidad, á despecho el motivo principal de tu reforma! Y lo que aun parece mas extraño, es que falta poco para que se atribuyan á la devocion todos los males de la vida. Así la mujer y los amigos de Job achacaban á su piedad una buena parte de las ca-

lamidades que le sucedían. Si una persona virtuosa padece algun quebranto en la salud, luego se echa la culpa á lo que madruga, al mucho tiempo que se está en la iglesia, á lo retirada que vive, á lo que se mortifica; y estará un mundano gastando y arruinando las mejores fuerzas en la caza, en el baile, en los excesos, y en mil perniciosas fatigas capaces de destronar á un bronce, sin que nadie chiste, ni se le ofrezca á alguno prevenirle que echa á perder su salud. No hay que admirarse; el mundo solo ama á los suyos, y aborrece mortalmente á los que no son del mundo. Estas contradicciones son el mayor panegirico de los virtuosos. No es mas el siervo que su señor. Y si Jesucristo fué el blanco de las contradicciones, ¿qué siervo de Dios estará exento de ellas? ¡O mi Dios, y qué poco he comprendido, pero qué menos he gustado este misterio!

PUNTO SEGUNDO. — Considera que la virtud de los buenos, no solo tiene mucho que padecer de la licencia de los disolutos; permite Dios para acrisolarla mas que la ejerciten tambien aquellos mismos que debieran admirarla mas, siendo sus defensores, y aun sus modelos. No se hicieron los privilegios para los mas fervorosos; las exenciones y los cariños se reservan ordinariamente para los imperfectos. ¡Cosa extraña! cada uno juzga que tiene derecho para ejercitar la virtud de los buenos; hasta el mas vil de esos hombres perdidos se atreve á tomarse la libertad de probar tu sufrimiento y tu espíritu.

Se pesan todas las palabras; se critican todas las acciones; se interpretan todas las intenciones; cada cual se hace juez hasta de los pensamientos; y al mismo tiempo que todo se les disimula á los imperfectos, todo se acrimina, nada se les perdona á los fervorosos. A la verdad, esta injusticia, esta iniquidad trastorna la razon; pero considera que ninguna cosa contribuye tanto á la perfeccion de una alma piadosa, como la solícita, la maligna vigilancia con que tantos la espian, resueltos á no perdonarla el mas mínimo descuido. Sin razon se miran estas persecuciones domésticas, estas contradicciones, como molestos estorbos, que hacen mas áspero el camino de la virtud: son espinas, no se puede negar; pero al mismo tiempo son cercados que embarazan la entrada á todo animal, á toda fiera enemiga que pudiera hacer daño en el sembrado.

Jamás hubiera llegado el patriarca José á ser la segunda persona de Egipto, si sus hermanos no le hubieran perseguido. Las virtudes brillantes y aplaudidas son de ordinario superficiales y poco sólidas. Los climas donde reina una perpetua primavera no

suelen ser fecundos sino en flores y en hojas; á los inviernos mas dilatados y mas ásperos suelen ordinariamente corresponder unos otoños muy abundantes de frutos.

Si queremos comprender el valor y el mérito de esas pequeñas cruces, no perdamos de vista á los que fueron nuestros modelos. ¿Qué santo hubo sin persecuciones? ¿qué alma fervorosa sin contradicciones? Aquellos héroes cristianos, de quienes no era digno el mundo, todos fueron maltratados. Regocijaos, dice el Salvador, cuando os tocáre tan dichosa suerte; porque esas pruebas y esas cruces son prendas del premio que os aguarda.

¡O Dios mio, y qué poco he comprendido hasta aquí un misterio tan lleno de consuelo! ¡qué digno de compasion es el que es del gusto del mundo! No, Señor, ya no tendré por desgracia las adversidades ni las persecuciones. Asistidme con vuestra gracia, para que de hoy en adelante me aproveche de ellas como debo.

JACULATORIAS. — Tan lejos estaré, mi Dios, de quejarme de las persecuciones que padeciere por serviros, que de hoy en adelante serán todo mi consuelo. (2. Cor. 42.)

Como yo esté, Señor, á vuestro lado, poco se me dará de que todo el mundo y todo el infierno se armen contra mi. (Job 47.)

PROPOSITOS.

1 *Hijo mio, dice el Espiritu Santo, cuando te resuelvas á servir á Dios, mantente firme en la justicia y en el temor, y disponte para padecer muchas pruebas y muchas contradicciones. No te quejes, pues, estando tan prevenido, si te trataren con desprecio y con desvío, luego que te declares por el partido de la devoción. Toda virtud lisonjeada bastardea. Esas escarchas en el país de la virtud son mas útiles de lo que se piensa.*

El frio y los vientos purifican el aire y matan los insectos, que en temperamento mas blando acabarían con todo. No des motivo á los imperfectos para desacreditar la devocion con tus extravagancias, con tus indiscreciones, con tu inmortificación, ni con tu rusticidad; pero cuando te tuvieren por importuno y por ridiculo, porque eres regular; cuando te censuraren porque cumples con tu obligacion, porque eres circunspecto, reservado, religioso, y porque arreglas tus costumbres por la pauta del Evangelio, bendice al Señor, y guárdate bien de alligirte. Si yo fuera del gusto de los malos, decia S. Pablo, no lo seria del de mi divino Maestro. *Si hominibus placerem, Christi servus non essem.*

Fortalécete contra tu sensibilidad y contra tu delicadeza; y en adelante ten por insigne favor esas pequeñas amarguras, porque son excelente antidoto contra el veneno de las pasiones. Resuélvete desde hoy á ser fiel en esto, y ten continuamente en la memoria aquellas palabras del apóstol S. Pedro: *Si quid patimini propter justitiam, beati* (1. Petr. 3.): Bienaventurados los que padecen persecuciones por la justicia.

2 La persecucion es útil á la virtud; pero los perseguidores son dignos de compasion. Guárdate tú de aumentar el número de ellos con tus zumbas poco cristianas, ó con tu desprecio de los virtuosos. Antes has de procurar se tenga entendido que tu estimacion y tu especial cariño se reserva únicamente para estos. ¿Tienes criados, hijos ó súbditos? ¿ocupas algun puesto, dignidad ó empleo sobresaliente? Sépase que en tus inferiores no aprecias ni el ingenio, ni los talentos, ni otras prendas brillantes, cuando no las sirve de basa la virtud. ¿Tienes que proveer algun cargo, que hacer alguna gracia, que dispensar alguna gratificación? Pues sea siempre en favor de los mas virtuosos; y entiendan todos, que estos han de ser siempre los preferidos. Si se tuviera este debido cuidado, especialmente respecto de los hijos, de los domésticos y de los inferiores, no harian tantos progresos la indevocion y la licencia. En presencia de ellos habla siempre con particular elogio del mérito de la virtud, y sea tu misma conducta la prueba mas eficaz de lo mucho que la aprecias. Alaba en todas ocasiones á los virtuosos y á los ejemplares; y cuando estés delante de tus hijos haz estudio de celebrar la modestia, la devocion, la compostura de otros de su misma edad. Ninguna cosa es mas perjudicial á la perfeccion religiosa, que las particulares exenciones con que los superiores suelen atender á los mas imperfectos, al mismo tiempo que no hacen caso, y aun atropellan á los mas fervorosos.

DIA XXIV.

MARTIROLOGIO.

LOS SANTOS MÁRTIRES MARCO Y TIMOTEO, en Roma, los cuales fueron martirizados en tiempo del emperador Antonino.

SAN EPIGMENTO, presbítero, en la misma ciudad, el cual alcanzó la palma del martirio habiéndolo degollado en la persecucion del emperador Diocleciano, siendo juez Turpio.

EL MARTIRIO DE SAN PIGMENTO, presbítero, tambien en Roma, el cual en tiempo de Juliano apóstata, habiéndolo arrojado en el Tiber, fué muerto por confesar la fe de Jesucristo.